

NUESTRO
ASOMBROSO
POTENCIAL
HUMANO

La pregunta de los siglos

¿Por qué existimos los seres humanos? ¿Tiene nuestra vida un propósito, una finalidad que trascienda esta existencia temporal? Estas incógnitas han mantenido perplejos a los grandes filósofos y pensadores de todas las épocas.

Cuando éramos niños preguntábamos: “¿De dónde vine?” Luego, con el correr de los años nos preguntamos: “¿Cuál es el verdadero propósito de mi existencia? ¿Qué sucederá cuando me muera? ¿Acaso no hay nada más allá de esta vida física?”

Simplemente queremos entender el corto tiempo que tenemos en este mundo. Buscamos el significado de la vida, con sus momentos de gozo y las tristezas que a veces nos abaten. Queremos saber si el arduo trabajo y las vicisitudes de la vida tienen algún valor duradero.

La incógnita más grande de todas

¿Por qué nacimos? Esta es la pregunta de los siglos.

Hace unos 3.000 años, cuando el rey David observaba la vastedad del cielo lleno de estrellas y meditaba en la relativa insignificancia del hombre, se llenaba de asombro y admiración. Algunas de sus reflexiones están consignadas en el libro de los Salmos: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites [lo cuides y te ocupes de él]?” (Salmos 8:3-4).

Ese antiguo monarca no podía menos que preguntarse por qué, en la inmensidad del espacio que alcanzaba a ver, Dios se preocupa del

Este folleto no es para la venta.

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,
una Asociación Internacional, que se distribuye gratuitamente.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

hombre. Él comprendía cuán insignificante es el hombre en la vastedad del espacio sideral. Sin embargo, pudo percibir que la humanidad tiene un lugar único, y muy especial, en toda la creación. Ni siquiera los ángeles tienen un propósito y un futuro tan asombrosos como los que nosotros tenemos.

David sabía que sólo Dios puede revelarnos el propósito de la vida. Continuando sus reflexiones sobre nuestro asombroso potencial, escribió: “Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste *señorear* sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar” (vv. 5-8).

El pináculo de la creación

David se daba cuenta de que el hombre, siendo la obra maestra del Creador, tiene un potencial verdaderamente asombroso. Hizo notar que Dios había dotado al hombre de la capacidad de administrar y cuidar de cierta parte del mundo físico: el planeta Tierra y todas las maravillas que hay en él. David llegó a la conclusión de que Dios debió tener un propósito extraordinario al formarnos como seres únicos en toda su creación.

Notemos cómo Dios mismo expresa el propósito que tuvo al crearlos: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra” (Génesis 1:26).

Entre todas las criaturas de Dios, *¡sólo al hombre* hizo a su propia imagen y semejanza! Sólo al hombre le dio dominio sobre la creación. El hombre verdaderamente es único en toda la creación de Dios.

¿Nos damos cuenta de lo que Dios tiene preparado para los que llegan a tener una correcta relación con él? El apóstol Pablo lo expresó de esta manera: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Corintios 2:9). Las Escrituras declaran que nuestro potencial como seres humanos es muchísimo más excelso de lo que podemos imaginarnos. ¿No es hora de que permitamos que Dios nos explique, por medio de su Palabra inspirada, lo que tiene planeado para nosotros?

En un pasaje profético del libro de Daniel, Dios nos da una vislumbre de nuestro asombroso porvenir. Al hablar de la resurrección de los muertos, nos dice que viene un tiempo cuando “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua”. Y en seguida agrega: “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad” (Daniel 12:2-3).

¡Qué futuro tan fantástico! ¡Podremos vivir eternamente, brillando como estrellas relucientes!

¿Qué es el hombre?

Antes de que podamos comprender el asombroso potencial humano, es necesario que entendamos lo que es el hombre ahora. Somos seres físicos, compuestos de sustancias químicas de la tierra, pues así nos creó Dios: “El Eterno Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 2:7).

La mayoría de las religiones antiguas promulgaban el error de que el hombre es más que un ser físico. Enseñaban que el hombre es una criatura de naturaleza dual, que un ser humano consta de un cuerpo físico en el que habita un alma inmortal.

Aun hoy en día la mayoría cree que cuando muere nuestro cuerpo, nuestra “alma” (supuestamente inmortal) sigue viviendo como un ente consciente. Sin embargo, en ninguna parte de las Escrituras se enseña que tenemos un alma inmortal. Este concepto proviene de las supersticiones de las religiones antiguas; tal vez se originó en el mismo huerto del Edén cuando Satanás convenció a Eva de que aunque ella y su esposo desobedecieran a Dios, no morirían (Génesis 3:2-4).

De hecho, la Biblia nos dice que el “alma” es mortal (Ezequiel 18:4, 20) y que después de la muerte no hay conciencia (Salmos 6:5; Eclesiastés 9:5, 10). (Si desea estudiar más a fondo este tema y los muchos conceptos erróneos que lo envuelven, por favor no vacile en solicitarnos el folleto gratuito *¿Qué sucede después de la muerte?*)

La Biblia nos revela con toda claridad que no poseemos la inmortalidad, que sólo Dios la tiene (1 Timoteo 6:13-16). El apóstol Pablo dice que somos corruptibles y mortales, y que esto mortal tiene que

vestirse de inmortalidad al transformarse de corruptible en incorruptible. Esto tendrá lugar al toque de la última trompeta, cuando Jesucristo vuelva a la tierra (1 Corintios 15:51-53, ver también 1 Tesalonicenses 4:16 y Apocalipsis 11:15).

En la actualidad los siervos de Dios son los que “perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad” (Romanos 2:7). No poseen la inmortalidad, pero saben que Jesucristo, al sacrificarse por nosotros, “quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Timoteo 1:10). Podemos recibir la salvación, y por ende la inmortalidad, únicamente por Jesucristo, el Salvador de la humanidad (Hechos 4:12).

El hombre mortal

¿Qué es, entonces, el hombre? Es un ser mortal; su vida es temporal. Somos seres físicos que podemos perecer y dejar de existir. Nuestra vida no reside en un “alma inmortal”, pues en la Biblia no se enseña tal concepto. La muerte le pone fin a nuestra conciencia (Salmos 6:5; Eclesiastés 9:5, 10), de manera que ésta no continúa en otro lugar ni en otra forma. Sólo por la gracia y misericordia de Dios podremos recibir la inmortalidad: “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23).

La vida eterna es un *don* que Dios les dará a quienes se vuelvan del pecado y empiecen a obedecerle de todo corazón. Dios “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4). Él “es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Nuestro Hacedor desea darnos el preciosísimo don de la vida imperecedera, y hará todo lo que está de su parte para que todos alcancemos nuestro asombroso potencial humano.

Planeado desde la más remota antigüedad

El apóstol Pablo nos explica que Dios planeó nuestro asombroso potencial aun antes de que creara a Adán y Eva, nuestros primeros padres. Formuló su plan “según su propósito y su gracia, que nos dio en Cristo Jesús *antes de que empezara el tiempo*” (2 Timoteo 1:9, Nueva Reina-Valera).

Aun en ese momento remoto Dios había determinado que sólo un Redentor perfecto podría llevar a feliz término su plan maestro. Así, planeó no sólo el papel de Jesucristo, sino también nuestro potencial humano, aun antes de que creara el universo, antes de que formara los cuerpos celestes por los que medimos el tiempo.

Luego, cuando Dios creó a Adán y Eva, les dio libre albedrío, de manera que tuvieran la opción de escoger entre dos modos de vivir. Claramente les dijo a nuestros primeros padres que tomaran del árbol de la vida; siendo su Hacedor, esperaba y deseaba que ellos establecieran un vínculo estrecho con él. El árbol de la vida, que se encontraba en el huerto del Edén, simbolizaba una relación obediente con Dios que los conduciría a la vida eterna (Génesis 2:9; 3:22).

Pero Dios les dio a Adán y Eva otra opción, la cual podría conducir al desastre. En lugar de escoger la vida, por medio de la obediencia a Dios, podían rechazar a Dios y *determinar ellos mismos* lo que era el bien y el mal. Esta opción estaba representada por otro árbol: el de la ciencia del bien y del mal (Génesis 2:16-17; 3:1-6).

Con sus hechos, Adán y Eva rechazaron el modo de vivir que Dios les había ordenado (Génesis 3:6). En lugar de creerle a Dios y acudir a

él para el conocimiento del bien y del mal, ellos decidieron confiar en su propio criterio. De esta manera emprendieron un camino que era una *mezcla* del bien y del mal.

Debido a la decisión que tomaron, se hicieron acreedores a la paga del pecado, que es la muerte (Romanos 6:23). Desde entonces, la humanidad ha imitado su ejemplo y se ha corrompido con el pecado (Romanos 5:12). *Todos*, sin excepción, se han desviado de las leyes y del modo de vivir que Dios ha revelado (Romanos 3:23). Hasta el día de hoy, la humanidad ha seguido ese mismo camino, el cual conduce a la muerte (vv. 9-12).

Previendo esto, Dios dispuso en su plan que tuviéramos un Salvador, Jesucristo, “el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:8). Por medio del sacrificio de Cristo los seres humanos pueden ser reconciliados con Dios, y cuando él perdona sus pecados se les remite la pena de muerte (Colosenses 1:20-22). Entonces pueden recibir la dádiva de la vida eterna (Romanos 6:23; 8:11). El gran propósito que Dios tiene para nosotros es darnos la vida eterna. (Si desea una explicación más amplia de cómo los seres humanos pueden reconciliarse con Dios, por favor no vacile en solicitarnos el folleto gratuito *El camino hacia la vida eterna*.)

El asombroso propósito de la vida

Todo ser humano es descendiente de Adán y Eva, de manera que nosotros somos parte de la familia de ellos. Debido a que Adán fue creado por Dios, él fue, literalmente, un hijo de Dios (Lucas 3:38); y siendo hijos de Adán, nosotros también somos hijos de Dios. Por cuanto Dios creó nuestro primer padre humano, él es nuestro Padre también. En Hechos 17:29 se nos dice que somos “linaje de Dios”.

Pero el propósito de Dios es muchísimo más importante que sólo crear seres humanos mortales. Él está creando “nuevas criaturas” (2 Corintios 5:17); está engendrando sus propios hijos espirituales. Éstos serán inmortales e incorruptibles; tendrán vida eterna y serán poseedores de la naturaleza y carácter divinos.

El apóstol Pablo habla de esta nueva creación en términos del contraste entre el “viejo hombre” y el “nuevo hombre”, que se renueva “en el espíritu de [su] mente” y es “creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:22-24). Se refiere a una transformación

espiritual, que al principio es sólo un cambio en el carácter y el comportamiento del hombre, pero que al final lo conducirá a un cambio literal en un ser espiritual con vida eterna.

Dios está llevando a cabo esta transformación por el poder de su santo Espíritu. La Biblia define este proceso como la *salvación*. Cuando la Biblia habla de aquellos que están recibiendo la salvación, los llama “hijos de Dios” en un sentido que trasciende el origen que tenemos en nuestros antecesores humanos. El apóstol Pablo escribió: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Romanos 8:16-17).

¿Nos damos cuenta de la trascendencia que tienen estas palabras? Nos revelan por qué estamos aquí, la razón misma de nuestra existencia, el significado de la vida. Este pasaje explica por qué Dios quiere que todos los seres humanos lleguen al conocimiento de la verdad. Las Escrituras nos declaran que Dios está creando una familia, su propia familia, y que nosotros tenemos la increíble oportunidad de ser parte de ella: *¡la propia familia de Dios!*

Esa relación de familia —llegar a ser hijos de Dios el Padre— es la esencia, el meollo, del maravilloso plan que Dios tiene para la humanidad. Notemos cómo lo expresa Pablo: “Convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria [a la salvación], perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos. Porque el que santifica [Cristo] y los que son santificados [hombres y mujeres convertidos], de uno son todos . . .” (Hebreos 2:10-11).

El hecho de que todos los cristianos verdaderamente convertidos sean hijos del mismo Padre los hace miembros de la misma familia: ¡la familia de Dios! En seguida leemos: “. . . por lo cual [Jesús] no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré. Y otra vez: Yo confiaré en él. Y de nuevo: He aquí, yo y los hijos que Dios me dio” (vv. 11-13).

Notemos que Jesús no se avergüenza de llamar hermanos a los miembros de su iglesia, hombres y mujeres verdaderamente convertidos. Esto muestra la relación estrecha e íntima que hay en esta familia.

A imagen de Dios

Desde el principio de la Biblia Dios muestra muy claramente que este es su propósito: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen . . . varón y hembra los creó” (Génesis 1:26-27).

Tanto el hombre como la mujer fueron creados para llegar a ser como Dios; y actualmente, él considera a algunos seres humanos como sus hijos e hijas: “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26-28). Y también en 2 Corintios 6:18 leemos: “Seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso”. ¡Tanto hombres como mujeres tienen el asombroso potencial de llegar a ser miembros de la familia de Dios!

Volvamos a Génesis 1:26-27, donde se nos dice que fuimos hechos a la imagen y semejanza de Dios. A partir del primer momento en que se hace mención de los seres humanos en la Biblia, Dios revela su propósito de hacernos como él. Pero en resumidas cuentas, ¿hasta qué punto podremos asemejarnos a él?

Seremos como Jesucristo

¡El propósito supremo de Dios es hacernos semejantes a Jesucristo! El apóstol Pablo explica que los miembros del Cuerpo de Cristo habrán de llegar “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13). En Gálatas 4:19 encontramos este mismo concepto, aunque expresado en palabras diferentes: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros”.

¿Entendemos realmente lo que significan estas dos afirmaciones? Nosotros tenemos que llegar a ser total y completamente como Jesucristo; su carácter deberá ser formado en nosotros. Podemos decir, juntamente con el apóstol Pablo: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20).

Así como Jesús es el Hijo de Dios, nuestro asombroso potencial es llegar a ser hijos inmortales de Dios. El apóstol Juan lo dice explícitamente: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, *seremos semejantes a él*, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:1-3).

Los seres humanos que lleguen a formar parte de la familia que Dios está creando, tendrán el glorioso privilegio de ser como Jesucristo resucitado y glorificado (Filipenses 3:20-21), quien reina a la diestra de Dios. A esto se refería el profeta Daniel cuando escribió acerca de los justos que “resplandecerán como el resplandor del firmamento . . . como las estrellas a perpetua eternidad” (Daniel 12:3). Los seres humanos que hereden la vida eterna ¡serán como Jesús glorificado!

Cuando Jesús y sus apóstoles nos describen el asombroso potencial humano, es algo tan extraordinario, tan maravilloso, que la mayoría de las personas no pueden creerlo cuando lo leen por primera vez. Y a pesar de que la gente no suele entenderlo, en la Biblia está muy claramente expresado. De hecho, este es el propósito mismo por el cual Dios creó al género humano; por esta razón nacimos todos.

Al relacionarse con los seres humanos, Dios siempre ha tenido en cuenta su propósito supremo: él quiere hacernos sus hijos. Nos dio sus leyes para enseñarnos cómo tratarnos unos a otros de una manera justa, de la misma forma en que Jesús trató a las personas. Dios siempre ha ofrecido el perdón a todo aquel que se arrepienta de sus pecados, que son la infracción de su ley (1 Juan 3:4). Dios es absolutamente imparcial (Romanos 2:11) y claramente nos dice que “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4). Jesús vino precisamente para que todos los seres humanos pudieran ser salvos (Juan 3:16-17).

Israel debía ser un ejemplo

Muchos lectores de la Biblia se preguntan: Si Dios es imparcial al ofrecer la salvación a toda la humanidad, ¿con qué motivo escogió a los

descendientes de Abraham y su esposa Sara —el antiguo pueblo de Israel— como un pueblo especial?

Abraham era un hombre justo a quien Dios llamó su amigo (Isaías 41:8; Santiago 2:23). De los descendientes de Abraham y Sara, Dios formó una nación con el propósito de que, si caminaba en integridad delante de él, pudiera llegar a ser un ejemplo o modelo de la familia de Dios.

Dios les dijo a los descendientes de Abraham: “Ahora, pues, oh Israel, oye los estatutos y decretos que yo os enseño, para que los ejecutéis, y viváis . . . Guardadlos, pues, y ponédlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta. Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está el Eterno nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?” (Deuteronomio 4:1, 6-8).

Los israelitas estuvieron de acuerdo en llegar a ser un ejemplo para las demás naciones (Éxodo 24:3; Deuteronomio 5:27), pero aún tenían la naturaleza carnal y egoísta que siempre hemos tenido todos los seres humanos (Romanos 8:7). Dios les había dado sus leyes, las cuales definen el bien y el mal; pero como ellos no tenían una mente convertida, no podían obedecer a Dios de todo corazón (Deuteronomio 5:29). El conocimiento solo no bastaba; por ello, no dieron el ejemplo de obediencia que le habían prometido a Dios.

El ejemplo que ellos dieron —olvidar constantemente su compromiso de obedecer a Dios— encierra una importante lección para el resto de la humanidad. Aunque Dios haya instruido personalmente a una nación o a una persona en el conocimiento del bien y del mal, si el Espíritu Santo no mora dentro de ella es imposible mantener una conducta agradable a Dios.

Jesús nunca cometió pecado. De esta manera nos dejó un ejemplo perfecto de cómo conducirnos. Los verdaderos seguidores de Cristo son los que se han arrepentido de sus pecados y se han sometido a Dios en todos los aspectos de la vida. Ahora Cristo vive en ellos (Gálatas 2:20), de manera que se esfuerzan por crecer en la gracia y el conocimiento de su Señor y Salvador (2 Pedro 3:18), y así dar un ejemplo de lo que significa seguir los caminos de Dios.

Dios ha revelado que está conduciendo “muchos hijos a la gloria” por medio de Jesucristo (Hebreos 2:10). Cuando Dios finalmente haya realizado su plan maestro, él, Jesús y nosotros seremos verdaderamente unidos en una misma familia. ¡Este es el asombroso potencial de cada uno de nosotros como seres hechos a imagen de Dios!

Dios está creando su familia inmortal y todos tenemos la posibilidad de entrar en ella. En el próximo capítulo examinaremos cómo podemos llegar a ser parte de la familia de Dios.

¿Quiénes formarán parte de la familia de Dios?

La Biblia nos revela que la familia de Dios estará formada por aquellos que se hayan arrepentido verdaderamente de pecar o de transgredir la ley de Dios (1 Juan 3:4), que hayan sido bautizados y hayan recibido el don del Espíritu Santo (Hechos 2:38). Éstos, al recibir el Espíritu de Dios, entran a formar parte del cuerpo espiritual de Cristo (1 Corintios 12:12-13), el cual es su iglesia (v. 27; Colosenses 1:24). Todos ellos recibirán la inmortalidad cuando regrese Jesucristo (1 Corintios 15:51-54).

El apóstol Pablo aclara que para ser parte de la familia de Dios, para ser verdaderamente cristiano, uno necesita recibir el Espíritu Santo: “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8:9).

¿Por qué los que no tienen ese Espíritu no son cristianos? “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (v. 14). En el versículo 11 Pablo nos habla del papel fundamental que el Espíritu de Dios desempeña en nuestra salvación y en hacer posible que lleguemos a ser sus hijos inmortales: “Si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”. Solamente aquellos que tengan el Espíritu de Dios heredarán la vida eterna.

¿Cómo podemos recibir el Espíritu de Dios? El apóstol Pedro nos dice que debemos arrepentirnos y ser bautizados “en el nombre de Jesu-

cristo para perdón de los pecados”, y entonces recibiremos “el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38). (El tema del arrepentimiento y el bautismo, los cuales son pasos necesarios para que podamos entrar en la familia de Dios, se explican ampliamente en nuestro folleto *El camino hacia la vida eterna*. Si usted desea recibir un ejemplar gratuito, no vacile en solicitarlo a cualquiera de nuestras direcciones.)

Los hijos de la familia divina son aquellos que son guiados por Dios por medio de su santo Espíritu, el cual es el poder y la presencia de Dios que obra en ellos (2 Timoteo 1:6; Salmos 51:11; Filipenses 2:13). Quienes hayan recibido el Espíritu Santo se consideran hijos de Dios aun en esta vida humana: “Amados, ahora somos hijos de Dios . . . Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:2-3). Pero esto no es nada comparado con lo que seremos al retorno de Jesucristo.

En ese tiempo los fieles hijos de Dios serán resucitados y heredarán la inmortalidad para poder vivir eternamente con él. El apóstol Pablo describe la magnífica transformación que ocurrirá cuando los muertos resuciten: “Hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria. Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual” (1 Corintios 15:40-44).

¡En estos versículos se describe una asombrosa transformación! Es por eso que Pablo dice: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:16-18).

Gloria incomparable

¿Podemos captar la importancia de lo que estamos leyendo? Ser resucitados como hijos de Dios y miembros de su familia es algo tan maravilloso que sería inútil tratar de compararlo con cualquier cosa que

hayamos conocido en esta vida. No importa cuántos sufrimientos o dificultades podamos tener, nada podría acercarse jamás al incalculable valor de llegar a ser, de hecho, como Jesucristo y vivir eternamente como hijos de Dios. Esa es nuestra razón de ser, el propósito con el cual Dios nos creó.

No en balde el apóstol Pablo exclamó: “El anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios” (Romanos 8:19). La promesa de Dios es firme: “El que venciere *heredará todas las cosas*, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Apocalipsis 21:7). Si entendemos el propósito de Dios, será muy claro para nosotros lo que dijo otro apóstol: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Y en 1 Timoteo 2:4 leemos que Dios “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”.

El retorno de Jesucristo dará comienzo al maravilloso mundo del mañana, conocido también como el Milenio, o sea su reinado de mil años. Él vendrá para gobernar como Rey de reyes y Señor de señores (Apocalipsis 19:16) y todos los reinos del mundo estarán bajo su dominio (Apocalipsis 11:15). En ese tiempo Jesús establecerá el Reino de Dios, que es el meollo del mensaje que él mismo anunció (Marcos 1:14-15). (Si aún no lo ha leído, no deje de solicitarnos el folleto gratuito *El evangelio del Reino de Dios*.)

En ese gobierno de Jesucristo tendrán parte todos los hijos e hijas de Dios que le hayan obedecido fielmente, que hayan vencido su naturaleza humana y la tentación de volver a un modo de vida contrario a la ley de Dios. Notemos la promesa que Jesús nos hace: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono” (Apocalipsis 3:21). Los que venzan serán reyes y sacerdotes para Dios (Apocalipsis 1:5-6).

El cambio a la inmortalidad

¿Cómo puede Jesús compartir con nosotros, simples seres humanos, semejante herencia y responsabilidad? Esto ciertamente es imposible mientras seamos seres físicos, débiles e imperfectos.

Lo que este y otros pasajes de la Escritura nos quieren mostrar es que es necesario que seamos *cambiados*, transformados de carne a espíritu:

“Esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos *seremos transformados*, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados” (1 Corintios 15:50-52).

El Reino de Dios, bajo el gobierno de Jesucristo, será maravilloso. Pero ¿por qué lo será? Una de las cosas que lo harán maravilloso será el liderazgo justo y amoroso de los hijos de Dios, cada uno transformado ya en un ser espiritual, inmortal y perfecto; éstos gobernarán bajo la dirección de Jesucristo, quien reinará como Rey de reyes y quien es “el primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:29). Nosotros, los que ahora somos hijos e hijas de Dios, compartiremos con Jesucristo la administración de ese maravilloso Reino.

El profeta Daniel tuvo una visión espectacular del momento en que Jesucristo recibirá el Reino de su Padre para establecerlo en la tierra: “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Daniel 7:13-14).

¿Quiénes gobernarán con Jesucristo? “El reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, [será] dado al pueblo de *los santos del Altísimo*, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán” (v. 27). Nuevamente podemos ver que “los santos del Altísimo” serán reyes o gobernantes junto con Cristo.

Pero el estilo de gobierno de los hijos de Dios será muy diferente del gobierno que ejercen los seres humanos. Ellos *servirán* a la humanidad; no la explotarán ni la oprimirán en ninguna forma. Jesús expresó en términos por demás claros la actitud que él exige de los que ejercen el liderazgo: “Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas *no así vosotros*, sino sea el mayor entre vosotros *como el más joven*, y el que dirige, *como el que sirve*” (Lucas 22:25-26).

Dios no está formando solamente una familia de reyes, sino ¡reyes que serán siervos, reyes que derramarán maravillosas bendiciones sobre

aquellos a quienes estén sirviendo! Proverbios 29:2 nos dice: “Cuando los justos dominan, el pueblo se alegra; mas cuando domina el impío, el pueblo gime”. En el “presente siglo malo” (Gálatas 1:4) toda la humanidad, de hecho toda la creación, “gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” aguardando “la manifestación de los hijos de Dios” (Romanos 8:18-23). ¡Verdaderamente, el mundo entero se regocijará bajo el gobierno justo y amoroso de la familia de Dios!

La base será el amor

El carácter de Dios está basado en el amor (1 Juan 4:8-16), y el carácter amoroso de Dios debe manifestarse en todos los que son sus hijos. Lo que hace realmente diferentes a los verdaderos hijos de Dios, lo que hace evidente quién es en verdad parte de su familia, es ese carácter justo y amoroso: “En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios” (1 Juan 3:10).

Jesús enseñó lo mismo: “Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; *para que seáis hijos de vuestro Padre* que está en los cielos . . . Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:43-45, 48).

Cuando los hijos de Dios, resucitados e inmortales, apliquen ese amor, el resultado será el maravilloso mundo del mañana. Actualmente, Dios está perfeccionando ese espíritu de amor y misericordia en sus hijos, que son las primicias de su cosecha espiritual (Santiago 1:18), para que ellos puedan representarlo adecuadamente y mostrarle al mundo que la manera correcta de vivir es obedecer la ley de Dios.

Dios está creando en sus hijos su propia naturaleza divina, el carácter santo, justo y bueno de nuestro Creador, el Todopoderoso. El apóstol Pedro nos habla de esa naturaleza espiritual: “Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús. Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas

llegaseis a ser *participantes de la naturaleza divina*, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 Pedro 1:2-4).

Todos aquellos que lleguen a ser como Jesucristo en la resurrección no sólo se parecerán a él, sino que ¡compartirán con él la naturaleza misma de Dios por la eternidad!

Así pues, apreciado lector, nunca menosprecie el valor de su vida. Usted nació para llegar a ser uno de los hijos de Dios. Nació para participar de la naturaleza divina y la vida eterna. ¡Usted nació para llegar a ser un miembro inmortal y glorificado de la familia de Dios! Si se somete a él, su asombroso potencial humano se convertirá en realidad.

Los pasos esenciales del plan maestro de Dios

Hemos visto ya que Dios reconciliará a la humanidad consigo mismo, “habiendo de llevar muchos hijos a la gloria” (Hebreos 2:10). Ahora veremos que está trabajando de acuerdo con un plan maestro simbolizado en sus fiestas anuales y su día de reposo semanal.

Estas fiestas solemnes, enumeradas en Levítico 23, son “santas convocaciones” (v. 2). Nos dan una perspectiva del plan que Dios está llevando a cabo aquí en la tierra. Cada una de estas fiestas nos enseña un aspecto importante del plan de Dios, y al observarlas podemos obtener una comprensión más profunda de los pasos esenciales de ese plan maestro de salvación (Salmos 111:10).

Las fiestas santas de Dios

En Levítico 23 encontramos el mandamiento de guardar el sábado como día de reposo semanal, además de varios otros días de fiesta durante el año, y este mandamiento aún se aplica a nosotros en la actualidad. Dios nos dice: “Estas son las fiestas solemnes del Eterno, las convocaciones santas, a las cuales convocaréis en sus tiempos” (v. 4). Es importante notar que son las fiestas de Dios; no son celebraciones nacionales de Israel ni de los judíos. Sin embargo, Dios se las dio primeramente al pueblo de Israel para que éste sirviera de ejemplo a las demás naciones (Deuteronomio 4:6).

Es muy importante para los cristianos contemporáneos darse cuenta de que Jesús observó estas mismas fiestas (Mateo 26:17; Marcos 1:21; Lucas 4:16, 31; 13:10; Juan 7:8-10, 14, 37). Los primeros cristianos también observaron estas fiestas y guardaron el sábado como día de reposo (Hechos 2:1; 12:3-4; 13:14, 42, 44; 16:13; 17:2; 18:4, 19, 21; 20:6, 16; 27:9; 1 Corintios 5:7-8). Estas observancias son de vital importancia, por cuanto aclaran y nos mantienen conscientes del plan maestro de salvación que Dios está llevando a cabo.

Algunas profecías muestran que, después de que Jesús retorne a la tierra, todas las naciones honrarán y adorarán a Dios observando estas fiestas (Zacarías 14:16-19). Refiriéndose a ese tiempo futuro, en Isaías 66:23 se nos dice que “de sábado en sábado, vendrán todos a adorar ante mí —dice el Eterno” (Nueva Reina-Valera). El mandamiento de guardar las fiestas del Eterno será parte de las leyes de su reino.

Por lo tanto, es muy importante que reflexionemos acerca del significado de las fiestas bíblicas, en el orden en que aparecen en las Escrituras. Necesitamos entender claramente cómo se relacionan con el espléndido futuro que Dios tiene preparado para la humanidad.

El sábado

En la lista de las fiestas de Dios que aparece en Levítico 23, la primera es el sábado, el séptimo día de la semana, que empieza el viernes a la puesta del sol y termina al día siguiente a la puesta del sol. (A diferencia de la costumbre actual de iniciar un nuevo día a la medianoche, los días según la Biblia comienzan y terminan a la puesta del sol.) Uno de los objetivos de la observancia del sábado es recordarle al pueblo de Dios que el Ser que ellos adoran y sirven es el Creador de los cielos, de la tierra y de toda la humanidad (Éxodo 20:8-11).

Pero también tiene un significado profético. En Hebreos 4:4-9 el día de reposo semanal se relaciona con un tiempo de descanso y paz que aún está por venir: los mil años del reinado de Jesucristo en la tierra (Apocalipsis 5:10; 11:15; 20:4-6). Esta comparación del sábado o descanso semanal con el reinado de los mil años termina con estas palabras: “Por tanto, queda un reposo [*sabbatismos* en griego; literalmente, “un reposo sabático”] para el pueblo de Dios” (Hebreos 4:9).

Dios ha ordenado que su pueblo observe el sábado para que nunca olvide que el Creador de todas las cosas ha prometido que, al regresar

Jesús, habrá un tiempo de paz durante el cual toda la humanidad tendrá la oportunidad de recibir la salvación. El sábado es un día muy especial, santificado por Dios, en el que sus hijos tienen la oportunidad de estudiar y aprender más de las Escrituras, lo que los capacita para crecer “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18). (Si desea estudiar este tema más a fondo, por favor no vacile en solicitar el folleto *El día de reposo cristiano* a nuestra dirección más cercana a su domicilio.)

La Pascua

Además de la observancia del sábado como día de reposo semanal, Dios nos ordena guardar sus fiestas anuales. La primera de éstas es la Pascua (Levítico 23:5), que fue instituida al salir Israel de Egipto, cuando Dios dio muerte a todos los primogénitos que no estaban protegidos por la sangre de un cordero. Las únicas casas donde no hubo muerte fueron las que habían sido marcadas con la sangre de un cordero sacrificado (Éxodo 12:12-13, 29-30).

Los corderos que sacrificaba el antiguo Israel prefiguraban el sacrificio de Jesucristo por toda la humanidad (1 Pedro 1:19). Ese sacrificio de Jesús como nuestra Pascua (1 Corintios 5:7) es el primer paso —y es absolutamente imprescindible— en el plan maestro de salvación que Dios está realizando.

Mas, ¿por qué es tan importante que guardemos la Pascua? Porque nuestros pecados nos apartan de Dios (Isaías 59:2), y “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Jesús, el “Cordero de Dios” (Juan 1:29), dio su propia vida para pagar la pena de muerte por nosotros a fin de que pudiéramos ser reconciliados con Dios (Efesios 2:16; Colosenses 1:20). La reconciliación con nuestro Padre es el primer paso hacia la salvación. Para obtener esta reconciliación tenemos que arrepentirnos, ser bautizados y recibir el Espíritu Santo (Hechos 2:38).

El sacrificio expiatorio de Jesucristo es el meollo del plan de Dios. Los acontecimientos que representan las fiestas subsiguientes dependen de ese sacrificio, simbolizado por la Pascua del Nuevo Testamento.

La Fiesta de los Panes sin Levadura

Inmediatamente después de la Pascua empieza la Fiesta de los Panes sin Levadura, que dura siete días. Dios mandó que durante esta fiesta no

se comiera ninguna cosa leudada; ni siquiera debería haber levadura en las casas durante estos días (Levítico 23:6-8; Éxodo 12:15-20).

Al principio, esta fiesta fue instituida como una conmemoración de la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto. Hoy en día su significado es mucho más importante. Nos enseña que los cristianos, quienes son libertados de sus pecados por medio del sacrificio de Jesucristo, deben deshacerse de toda maldad en sus vidas y reemplazarla con la justicia.

El apóstol Pablo comparaba el pecado con la levadura diciendo que así como la levadura afecta toda la masa, así el pecado afecta toda nuestra vida y la vida de otros: “¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa? Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que *celebremos la fiesta*, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:6-8).

Esta fiesta simboliza la resolución del cristiano de desarraigar el pecado de su vida. También le recuerda el perdón que podemos recibir por medio del arrepentimiento y el bautismo. Pablo escribió que el cruce del mar Rojo por los israelitas (al final de la Fiesta de los Panes sin Levadura) fue un bautismo simbólico y un ejemplo para los cristianos de hoy (1 Corintios 10:2, 6).

Una vez que nuestros pecados son perdonados, debemos ir desarrollando en nuestra vida el mismo carácter del que nuestro Libertador, Jesucristo, nos dejó ejemplo (Efesios 2:10; Filipenses 2:5; 1 Juan 2:6). Jesús dijo que él es “el pan de vida” (Juan 6:35). La observancia de la Fiesta de los Panes sin Levadura representa el firme propósito del cristiano de imitar la vida “sin levadura” —sin pecado y perfecta— de Jesucristo.

La Fiesta de Pentecostés

La siguiente fiesta que se ordena es la de Pentecostés, que se observa 50 días después del sábado que cae durante la Fiesta de los Panes sin Levadura (Levítico 23:15-16). El significado de esta fiesta resulta claro al leer los primeros versículos de Hechos 2. Habiendo esperado en Jerusalén como se les ordenó (Hechos 1:4-5), los discípulos de Jesús, tal como les había sido prometido, recibieron el Espíritu Santo el día de Pentecostés (Hechos 2:1-4).

Cuando los discípulos recibieron el Espíritu Santo, fueron todos llenos del poder de Dios; y por medio de su predicación inspirada otros se arrepintieron, fueron bautizados y también recibieron el Espíritu de Dios (vv. 37-41). Ese fue el comienzo de la Iglesia del Nuevo Testamento. El tercer paso del plan de Dios es el llamamiento de un cuerpo de creyentes para que se aparten de los caminos pecaminosos de este mundo.

La Fiesta de Pentecostés representa la transformación y renovación progresivas del pueblo de Dios —la iglesia que edificó Jesucristo— por medio del poder de su santo Espíritu. Ese Espíritu guía a los creyentes a la verdad de Dios (Juan 16:13) y a una vida completamente transformada (Romanos 8:4-14). Sin ese Espíritu, no podemos ser de Dios ni de Jesucristo (v. 9) y no podemos ser parte del Cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:12-13). Recibir el Espíritu de Dios es un paso fundamental para poder realizar nuestro potencial como miembros de su familia: “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8:14).

La Fiesta de las Trompetas

Esta fiesta, señalada por el toque de trompetas, se ordena en Levítico 23:24-25. La Fiesta de las Trompetas proclama el retorno de Jesucristo a la tierra, al sonido de la séptima trompeta de la profecía.

En ese momento, todos los muertos en Cristo resucitarán y, junto con los cristianos que estén vivos, serán transformados en seres espirituales e inmortales (1 Corintios 15:51-52; 1 Tesalonicenses 4:16-17; Apocalipsis 11:15). En Apocalipsis 20:6 se nos dice: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años”.

Aunque la Fiesta de las Trompetas proclama la venida de Jesucristo como Príncipe de Paz, el proceso de pacificación no se completará hasta que Dios le impida a Satanás el diablo —el autor de la confusión, la mentira y la guerra— seguir influyendo en la humanidad durante mil años. Esto nos lleva al paso número cinco en el plan de Dios.

El Día de Expiación

El Día de Expiación, que es un día de ayuno, descanso y santa convocación, como se ordena en Levítico 23:27-32, representa otra fase

imprescindible del plan divino. Es, en algunos aspectos, semejante a la Pascua, ya que Jesucristo es nuestra Pascua y nuestra Expiación. En tiempos del antiguo Israel, su aspecto sobresaliente era la expiación de los pecados del pueblo (Levítico 16:32-34). En el futuro esta expiación se hará extensiva al mundo entero.

Para limpiar a la humanidad de sus pecados, Dios primero sujetará a Satanás, quien nos tienta continuamente y mantiene engañada a toda la humanidad (1 Pedro 5:8-9; Apocalipsis 12:9). Entonces todo ser humano podrá recibir la expiación de Jesucristo para ser limpio de todos sus pecados. Por esta razón, una de las primeras cosas que Jesús hará cuando regrese será atar a Satanás por mil años (Apocalipsis 20:1-3). Luego podrá iniciarse la reconciliación de todo el mundo por medio del sacrificio de Cristo. Estando preso Satanás, y eliminados todos sus engaños, el mundo entero podrá ser reconciliado con Dios.

La Fiesta de los Tabernáculos

La siguiente fiesta que se ordena en Levítico 23 es la de los Tabernáculos, que dura siete días (vv. 33-36). Esta fiesta representa el reinado de Cristo por mil años como Rey de reyes, en el que continuará la siega de seres humanos para que reciban la vida eterna (Juan 4:35-36). Este es el paso número seis en el plan maestro de Dios.

Este pacífico reinado de Cristo empezará en Jerusalén y se extenderá a todas las naciones. El profeta Isaías lo describe como un tiempo durante el cual “vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra” (Isaías 2:3-4).

Durante este tiempo de verdadera paz mundial, todo el mundo podrá aprender los caminos de Dios y tendrá la oportunidad de recibir la salvación. “No enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Eterno; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el Eterno; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jeremías 31:34). “No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte;

porque la tierra será llena del conocimiento del Eterno, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9).

El Último Gran Día

Finalmente, y como se ordena en Levítico 23:36-39, al concluir la Fiesta de los Tabernáculos empieza una fiesta distinta. Ésta representa el juicio del gran trono blanco del que se habla en Apocalipsis 20, a partir del versículo 11. En ese tiempo, a todos los seres humanos que hayan muerto sin haber tenido el conocimiento correcto acerca de Dios, de Jesucristo y del modo de vivir que ellos enseñan, les será revelada la maravillosa verdad acerca de su asombroso potencial humano.

Todos los hombres y mujeres que a lo largo de la historia de la humanidad hayan muerto —entre ellos la reina de Sabá, los habitantes de Nínive y los que vivieron en tiempos de Jesús— serán resucitados juntos (Mateo 12:41-42). En Ezequiel 37:1-14 se habla de todos esos miles de millones de personas que serán resucitadas como seres físicos y mortales nuevamente. Esas personas son “los otros muertos” de que se nos habla en Apocalipsis 20:5. Miles de millones de personas se arrepentirán de sus pecados, recibirán el Espíritu Santo y, finalmente, alcanzarán su asombroso potencial como seres espirituales hechos a imagen de Dios.

El plan divino es amplísimo. Durante el tiempo representado por el Último Gran Día, toda la humanidad tendrá oportunidad de recibir la vida eterna. Recordemos que Dios “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”, y no quiere “que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (1 Timoteo 2:4; 2 Pedro 3:9). Gracias a este maravilloso plan, la inmensa mayoría de los seres humanos tendrá la oportunidad de aprender la verdad de Dios, de arrepentirse y de recibir la salvación. (Nuestro folleto *Las fiestas santas de Dios* explica este tema en forma mucho más amplia. Para obtener un ejemplar gratuito, sólo tiene que solicitarlo a nuestra dirección más cercana a su domicilio.)

¡Qué magnífico plan! Revela el increíble potencial de todos los que, por medio de Jesucristo, se rindan a Dios para recibir la vida eterna, aquellos con quienes él compartirá su naturaleza divina haciéndolos miembros de su propia familia. He aquí su promesa: “El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Apocalipsis 21:7). ¡Y todo lo planeó antes de la creación del mundo!

El conocimiento debe llevarnos a la acción

Esto nos trae de nuevo a las reflexiones del rey David: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” (Salmos 8:3-4).

En las páginas de la Biblia Dios nos muestra por qué tiene memoria del hombre: él preparó con mucho esmero su plan para nosotros. Hemos visto que nuestro potencial, el propósito de esta existencia física, es llegar a ser hijos inmortales de Dios nuestro Padre. Las claves para entender nuestro asombroso porvenir, y el de toda la humanidad, son reveladas por medio de siete fiestas anuales de Dios.

Desde el simbolismo del sacrificio de Jesús en la Pascua, hasta la resurrección de los que aún habrán de arrepentirse, como se representa en el Último Gran Día, todos los seres humanos tienen la misma esperanza de alcanzar este maravilloso potencial por medio de Jesucristo (1 Timoteo 2:3-6; Juan 17:18-24).

Este es el portentoso futuro que le espera a toda la humanidad . . . incluso a usted. Dios no permitirá que ninguna maniobra humana o satánica logre frustrar este plan tan perfectamente diseñado. La Biblia, respaldada con la garantía del Dios todopoderoso y de Jesucristo, dice que ciertamente acontecerá como está escrito.

Este es el asombroso potencial que Dios le ofrece. Que el Dios de paz le dé un corazón dispuesto a someter su voluntad a la de él, a fin de que usted pueda recibir, por medio de Jesucristo, esa increíble y maravillosa dádiva de la vida eterna como hijo de Dios. □

Índice de referencias bíblicas

Génesis	Isaías	2:1-421
1:262	2:3-423	2:37-4122
1:26-278	11:923-24	2:3812-13, 20
2:73	41:810	4:124
2:95	59:220	12:3-419
2:16-175	66:2319	13:14, 42, 4419
3:1-65	Jeremías	16:1319
3:2-43	31:3423	17:219
3:65	Ezequiel	17:296
3:225	18:4, 203	18:4, 19, 2119
Éxodo	37:1-1424	20:6, 1619
12:12-1320	Daniel	27:919
12:15-2021	7:13-1415	Romanos
12:29-3020	7:2715	2:74
20:8-1119	12:2-33	2:119
24:310	12:39	3:9-126
Levítico	Zacarías	3:236
16:32-3423	14:16-1919	5:126
23:2, 418	Mateo	6:234, 6, 20
23:520	5:43-45, 4816	8:4-1422
23:6-821	12:41-4224	8:710
23:15-1621	26:1719	8:9, 1412
23:24-2522	Marcos	8:116, 12
23:27-3222	1:14-1514	8:16-177
23:33-3623	1:2119	8:16-1813
23:36-3924	Lucas	8:18-2316
Deuteronomio	3:386	8:1914
4:1, 6-810	4:16, 3119	8:2915
4:618	13:1019	1 Corintios
5:2710	22:25-2615	2:92
5:2910	Juan	5:6-821
Salmos	1:2920	5:720
6:53, 4	3:16-179	5:7-819
8:3-41, 25	4:35-3623	10:2, 621
8:5-82	6:3521	12:12-1312, 22
51:1113	7:8-10, 14, 3719	12:2712
111:1018	16:1322	15:40-4413
Proverbios	17:18-2425	15:50-5215
29:216	Hechos	15:51-5222
Eclesiastés	1:4-521	15:51-534
9:5, 103, 4	2:119	15:51-5412

2 Corintios	4:16-1722	1 Juan
5:176	1 Timoteo	2:621
6:188	2:3-625	3:1-39
Gálatas	2:44, 9, 14, 24	3:2-313
1:416	6:13-163	3:49, 12
2:208, 10	2 Timoteo	3:1016
3:26-288	1:613	4:8-1616
4:198	1:95	Apocalipsis
Efesios	1:104	1:5-614
2:1021	Hebreos	3:2114
2:1620	2:1011, 18	5:1019
4:138	2:10-137	11:154, 14, 19, 22
4:22-246	4:4-919	12:923
Filipenses	Santiago	13:86
2:521	1:1816	19:1614
2:1313	2:2310	20:1-323
3:20-219	1 Pedro	20:4-619
Colosenses	1:1920	20:524
1:2020	5:8-923	20:622
1:20-226	2 Pedro	20:1124
1:2412	1:2-416-17	21:714, 24
1 Tesalonicenses	3:94, 14, 24	
4:164	3:1810, 20	

'Angosto es el camino que lleva a la vida...'

Ante la dura realidad de la vida diaria, la mayoría de las personas se preocupan más por la supervivencia que por la vida eterna. Para muchos, la idea de vivir eternamente es algo tan etéreo que no le dan mucha importancia. ¿Para qué molestarse? ¿Acaso no es lo mismo que la búsqueda de la Atlántida o del Santo Grial?

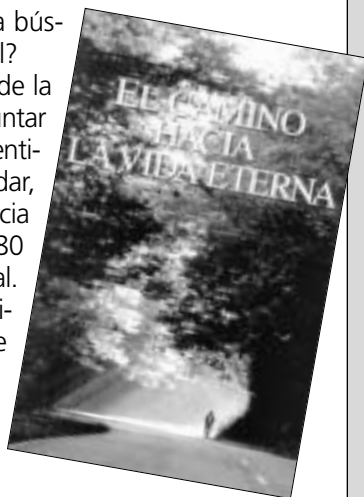
No obstante, en algún momento de la vida casi todos nos detenemos a preguntar si nuestra existencia realmente tiene sentido. Nacer, morir, reír, llorar, herir, vendar, sufrir, gozar, reñir, amar. Es una existencia que generalmente dura unos 70 u 80 años, si las cosas no van demasiado mal. Tal parece que tienen razón los que dicen: "Comamos y bebamos, porque mañana moriremos".

Pero ¿es esta vida todo lo que hay? ¿Tiene algún propósito nuestra existencia? ¿Tiene acaso un significado que nunca hemos sospechado?

Tal parece que la mayoría de los grupos religiosos tienen fuertes discrepancias sobre esta y otras enseñanzas. Incluso puede haber quienes piensan que hay varios caminos que llevan al Reino de Dios. No obstante, la Biblia da respuestas claras, directas e irrefutables sobre la vida eterna y lo que debemos hacer para heredarla.

Jesucristo dijo: "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque *estrecha* es la puerta, y *angosto* el camino que lleva a la vida, y *pocos* son los que la hallan" (Mateo 7:13-14). Nuestro folleto ***El camino hacia la vida eterna*** le ayudará a hallar esa puerta que lleva al glorioso Reino de Dios.

Si desea obtener esta importante publicación —*sin costo alguno para usted*— sólo tiene que dirigir su solicitud a cualquiera de las direcciones que aparecen en la última página de este folleto. □



Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, una *Asociación Internacional*. La iglesia tiene ministros y congregaciones en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la Iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas y prácticas de esa Iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del venidero Reino de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).

Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en las Sagradas

Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Nuestros ministros están disponibles para contestar preguntas y explicar la Biblia. Si usted desea ponerse en contacto con un ministro o visitar una de nuestras congregaciones, no deje de escribirnos a nuestra dirección más cercana a su domicilio.

Absolutamente gratis

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente. □

Direcciones

ARGENTINA

Casilla 6
5570 San Martín, Mendoza

BOLIVIA

Casilla 8193
Correo Central
La Paz

COLOMBIA

Apartado Aéreo 91727
Bogotá, D.C.

CHILE

Casilla 10384
Santiago

Sitio en Internet: www.unidachile.org

EL SALVADOR

Apartado Postal 2499
01101 San Salvador

ESTADOS UNIDOS

P.O. Box 541027
Cincinnati, OH 45254-1027
Sitio en Internet: www.ucg.org

GUATEMALA

Apartado Postal 1064
01901 Guatemala

HONDURAS

Apartado Postal 283
Siguatepeque, Comayagua

MÉXICO

Apartado Postal 4822
Suc. Tec.
64841 Monterrey, N.L.
Sitio en Internet: www.unidamex.org.mx

PERÚ

Apartado 18-0766
Lima